

YACHAY ADHIERE A UNA LICENCIA CREATIVE COMMONS

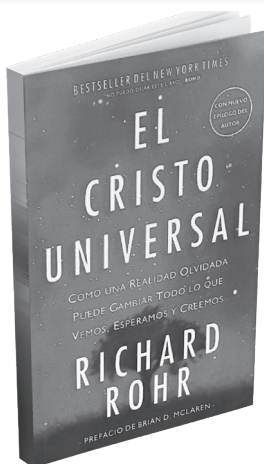
ATTRIBUTION-NONCOMMERCIAL 4.0
INTERNATIONAL – (CC BY-NC 4.0)



RESEÑAS

DOI: <https://doi.org/10.35319/yachay.202582185>

Rohr, Richard. *El Cristo Universal. Cómo una realidad olvidada puede cambiar todo lo que vemos, esperamos y creemos*. Traducido por Ian Bilucich; edición revisada con nuevo epílogo del autor. Prefacio de Brian McLaren. Juanuno1 Ediciones, 2021. 272p. 22.8x15.2cm. ISBN: 978-1-63753-004-7; ISBN electrónico: 978-1-63753-005-4.



Introducción. Una teología para tiempos de transformación

El fraile franciscano estadounidense Richard Rohr, OFM (n. 1943) es, sin duda, una de las voces más significativas de la espiritualidad cristiana actual. Su

obra se inscribe en el esfuerzo por tender puentes entre la tradición mística de la Iglesia y las búsquedas espirituales del mundo contemporáneo. Fundador del Center for Action and Contemplation en Albuquerque (Nuevo México), Rohr ha dedicado más de medio siglo a explorar la interacción entre contemplación, justicia social y transformación interior.

Entre sus numerosos libros –que incluyen títulos como *Everything belongs* (1999) o *The naked now* (2009), destaca especialmente *El Cristo universal. Cómo una realidad olvidada puede cambiar todo lo que vemos, esperamos y creemos* (2021). En esta obra, de notable madurez teológica, Rohr despliega una visión cristológica que, lejos de limitarse al plano devocional, recupera la hondura del pensamiento patrístico y la intuición franciscana de la fraternidad cósmica. El autor sostiene que la crisis actual de la fe no es tanto una pérdida de creencia cuanto una pérdida de visión: “El cristianismo ha reducido a Cristo al Jesús histórico, olvidando que Cristo es el patrón divino de toda la creación” (p. 37).

Así, *El Cristo universal* invita a una transformación del modo de mirar el mundo. No propone un sistema doctrinal cerrado, sino una experiencia mística y relacional que brota del reconocimiento de Cristo como presencia divina encarnada en todo lo creado. En tiempos de polarización, desencanto religioso y agotamiento institucional, Rohr ofrece una teología para la era de la conciencia, una mística de unidad que tiene tanto raíces antiguas como proyección contemporánea.

1. El Cristo cósmico. De la Encarnación histórica al misterio universal

El punto de partida del libro es la distinción clásica entre Jesús histórico y Cristo eterno, retomada de la teología patrística. “Cristo no es el apellido de Jesús”, escribe Rohr, “sino el nombre que damos a la eterna presencia de Dios en el universo” (p. 25). Esta afirmación, que podría sonar provocadora a oídos poco atentos, se inscribe en la línea del pensamiento de San Justino Mártir, Orígenes y Ireneo de Lyon, quienes entendieron al *Logos* como principio divino que atraviesa y sostiene toda la realidad.

Rohr recupera esa visión premoderna y la reinterpreta a la luz del lenguaje espiritual del siglo XXI. Su tesis fundamental es que la Encarnación no fue un hecho aislado en el tiempo, sino la revelación visible de una unión que ha existido desde siempre: “Cristo es la manifestación física de un amor que ha estado presente desde el principio” (p. 41). En esta clave, el autor enlaza la teología de la creación con la redención, mostrando que ambas forman parte de un mismo movimiento de comunión divina.

La influencia del pensamiento de Juan Duns Escoto, teólogo franciscano del siglo XIII, resulta decisiva. Según Escoto, la Encarnación no depende del pecado original: Cristo habría venido igualmente, porque el amor de Dios se expresa en la unión, no como respuesta al mal. Rohr hace suya esta intuición: “Jesús no vino para cambiar la mente de Dios acerca de la humanidad, sino para cambiar la mente de la humanidad acerca de Dios” (p. 55). De esta forma, el Cristo cósmico de Rohr actualiza el principio del *primado de Cristo*, afirmando que todo el universo está estructurado en torno a la presencia del Verbo.

Esta perspectiva tiene profundas resonancias con la visión mística de San Buenaventura, quien veía en cada criatura un “vestigio de la bondad divina” (*Itinerarium mentis in Deum*, II, 12). Para Rohr, el mundo es el “primer sacramento” (p. 68): una realidad que transparenta el amor de Dios. El universo, lejos de ser un escenario profano, es el templo donde todo respira la presencia del Cristo eterno.

2. Ver como los místicos. La conciencia unificadora de Cristo

Una de las aportaciones más significativas del libro es su propuesta de una nueva forma de percepción espiritual. Si *The naked now* enseñaba a “ver como los místicos ven”, *El Cristo universal* ofrece el contenido teológico de esa mirada. Rohr critica el dualismo que ha marcado gran parte de la espiritualidad occidental: la separación entre sagrado y profano, cielo y tierra, espíritu y materia. “La conciencia dualista”, advierte, “no puede sostener el misterio de la unión; necesita dividir, juzgar y excluir” (p. 89).

Frente a esta mentalidad, propone la conciencia crística, una mirada no dual que reconoce la presencia divina en todo. Inspirado por los Padres capadocios, Rohr recuerda que la meta de la vida cristiana es la *theosis*, es decir, la participación en la vida divina. Citando a San Atanasio: “Dios se hizo hombre para que el hombre se haga Dios” (*De Incarnatione*, 54), sostiene que la verdadera conversión no consiste en adherirse a una ideología religiosa, sino en transformarse desde dentro.

Esta dimensión interior del cristianismo es, para Rohr, la clave del futuro de la fe. La conciencia crística no elimina la diferencia entre Dios y la creación, pero reconoce la comunión entre ambos. “Nada está fuera de Cristo”, afirma el autor, “y por eso nada está fuera del alcance del amor” (p. 102). Desde esta perspectiva, la experiencia cristiana no se define por la pertenencia institucional, sino por la participación en la visión de Cristo. La mística, en consecuencia, se convierte en el corazón mismo de la teología.

Este enfoque encuentra ecos tanto en la tradición oriental –los hesicastas y los místicos bizantinos– como en los místicos occidentales, desde Eckhart hasta Juan de la Cruz. Rohr los cita para mostrar que el cristianismo auténtico no teme la interioridad, porque sabe que “Dios es el suelo mismo del alma” (p. 119). Ver como los místicos, en el fondo, es aprender a percibir el mundo con la mirada reconciliada del Cristo universal.

3. Espiritualidad franciscana. Minoridad, fraternidad y creación

La teología de Rohr no sólo se inspira en la tradición franciscana: está estructurada a partir de ella. La visión del Cristo cósmico prolonga el espíritu de San Francisco de Asís, quien veía en cada criatura un hermano o una hermana. Para Rohr, esa sensibilidad no era ingenuidad poética, sino fruto de una profunda intuición teológica: el mundo es un tejido de relaciones habitado por Dios. “La creación entera está unida en una danza divina, y nosotros somos parte de ella” (p. 138).

En este sentido, la minoridad –virtud central del carisma franciscano– se convierte en una disposición interior: reconocer que todo es don y que el ego no ocupa el centro del universo. Rohr interpreta la pobreza franciscana no como renuncia externa, sino como apertura radical al Misterio: “Ser menor es dejar que Dios sea Dios en todo” (p. 144). Esta actitud posibilita la experiencia del Cristo presente en todas las cosas.

El libro también destaca la dimensión ecológica de esta espiritualidad. En consonancia con *Laudato si’* del Papa Francisco, Rohr insiste en que la ecología no es un apéndice moral, sino una consecuencia de la fe en el Cristo cósmico. Si Cristo “habita en cada átomo de la creación” (p. 152), entonces cuidar el mundo equivale a cuidar el cuerpo del mismo Cristo. Esta visión resitúa la teología franciscana en el centro de los debates contemporáneos sobre el futuro del planeta.

Rohr dialoga asimismo con Ilia Delio, OSF, teóloga franciscana que ha desarrollado la noción de *Christogenesis*: la evolución del universo hacia la plena manifestación de Cristo. “El universo no evoluciona hacia la nada”, escribe Rohr, “sino hacia una comunión cada vez más profunda” (p. 160). En este horizonte, la fraternidad se amplía hasta incluir todo lo que existe. La espiritualidad franciscana se convierte así en paradigma de una teología de la relación, una mística del vínculo y de la pertenencia universal.

4. La Iglesia como comunidad de conciencia crística

Desde la perspectiva de *El Cristo universal*, la Iglesia aparece no como institución autorreferencial, sino como signo viviente de esa conciencia unificadora. Rohr no niega la dimensión sacramental ni la tradición doctrinal, pero advierte que éstas pierden sentido si no expresan la experiencia directa del amor divino. “La Iglesia debe dejar de ser un museo del pasado y convertirse en un laboratorio de conciencia” (p. 174).

El autor sostiene que el verdadero catolicismo es inclusivo en sentido literal: abarca el todo. Citando a San Pablo, recuerda que “Dios será todo en todos” (1

Cor 15,28), y que esa promesa escatológica empieza ya ahora. La Iglesia, en su visión, está llamada a ser comunidad de personas despiertas al Cristo que habita en todo, más que organización jerárquica preocupada por la ortodoxia.

Esta comprensión dinámica conecta con la teología de la evolución espiritual. Rohr ve en la historia del cristianismo una serie de etapas de conciencia, y considera que estamos entrando en una nueva fase: la del Cristo universal, donde la unidad no se impone, sino que se reconoce. “El Espíritu Santo no construye imperios, sino comunión” (p. 182).

En este sentido, la propuesta de Rohr converge con los esfuerzos de renovación eclesial inspirados por el Concilio Vaticano II y por la teología de la creación de autores como Teilhard de Chardin. La Iglesia, si quiere ser fiel a su vocación, deberá aprender a vivir “no desde el miedo, sino desde la conciencia de unión” (p. 190). Es una invitación a pasar de la religión de la separación a la espiritualidad de la pertenencia.

5. Hacia una mística de la unidad

El Cristo Universal es, ante todo, una llamada a la conversión de la mirada. En un tiempo marcado por la fragmentación y el desencanto, Rohr propone redescubrir la fe como experiencia de comunión cósmica. Su libro no pretende sustituir la teología clásica, sino ampliarla: mostrar que el cristianismo, para ser fiel a sí mismo, debe volver a ser cósmico, místico y encarnado a la vez.

En diálogo con la patrística, el franciscanismo y las búsquedas contemporáneas, Rohr logra articular una síntesis viva. Su Cristo universal no es una abstracción panteísta, sino la confesión del amor de Dios presente en todo. “Cuando ves a través de Cristo”, escribe, “ya no hay adentro ni afuera, puro ni impuro, sagrado ni profano: sólo un amor que une todo en todo” (p. 205).

La obra invita al lector creyente –y también al buscador espiritual– a entrar en una conciencia reconciliada, a ver el mundo como sacramento y a reconocer

en cada ser la huella del Verbo. En tiempos en que la religión corre el riesgo de reducirse a ideología o moralismo, Rohr nos recuerda que el corazón del Evangelio sigue siendo el misterio de la unidad.

En definitiva, *El Cristo Universal* no ofrece sólo una nueva cristología, sino una mística de la esperanza, capaz de renovar la vida personal, la Iglesia y la relación con el mundo. La voz de Rohr resuena como eco de la sabiduría antigua, pero también como anuncio de lo que está por venir: un cristianismo más consciente, más fraterno y más abierto al misterio que todo lo abarca.

Conclusión. Algunas recomendaciones

Para el lector formado en teología, ya sea en el ámbito de la docencia, la investigación o la formación, *El Cristo Universal* de Richard Rohr se presenta como un texto provocador y fecundo, susceptible de ser abordado desde múltiples perspectivas académicas. A continuación, se sugieren algunas líneas de aproximación y trabajo:

Diálogo con la teología patristica y medieval: La recuperación que Rohr hace de la distinción entre el Jesús histórico y el Cristo cósmico invita a un estudio comparativo con autores como Orígenes, Máximo el Confesor o Juan Escoto. Sería productivo analizar la fidelidad de Rohr a estas fuentes y evaluar su reinterpretación en clave contemporánea, especialmente en lo concerniente al *primado de Cristo* en Duns Escoto.

Cristología y cosmología: La obra es un aporte significativo al diálogo entre fe y ciencia. Su noción de un Cristo cósmico que impregna la evolución del universo puede ser puesta en conversación con la teología de la creación de Teilhard de Chardin y con las reflexiones de la teología sistemática actual sobre el panenteísmo, evitando cuidadosamente las derivaciones panteístas.

Fenomenología de la conciencia espiritual: La propuesta de una “conciencia crística” o mirada no dual merece un análisis filosófico-teológico en profundidad. Puede enriquecerse con el estudio de la fenomenología de la religión, la

psicología transpersonal y las aportaciones de la tradición mística comparada, estableciendo puentes con el budismo zen o el Advaita Vedanta, siempre desde una hermenéutica cristiana crítica.

Eclesiología en tiempos de sinodalidad: La visión de Rohr sobre la Iglesia como “comunidad de conciencia” ofrece un marco conceptual valioso para repensar la eclesiología en el contexto del camino sinodal. Su crítica a una Iglesia “museo” y su apuesta por un “laboratorio de conciencia” pueden ser contrastadas con las propuestas del Concilio Vaticano II y de teólogos contemporáneos como Walter Kasper o Bradford Hinze.

Ética y ecología integral: La dimensión ecológica de la cristología de Rohr, fundamentada en la fraternidad cósmica franciscana, constituye un recurso teológico de primer orden para desarrollar una ética ecológica robusta. Sería recomendable explorar sus conexiones con la encíclica *Laudato si'* y con el emergente campo de la teología ecológica, evaluando sus implicaciones para la praxis pastoral y el compromiso socioambiental.

Aplicación en la pedagogía espiritual: Para la formación en seminarios y casas de formación religiosas, el libro ofrece un itinerario pedagógico para cultivar una mirada contemplativa. Podría diseñarse un programa de estudio que combine la lectura de *El Cristo universal* con textos clásicos de la mística (por ejemplo, *La nube del no-saber* o los escritos de San Juan de la Cruz) y ejercicios prácticos de contemplación, siempre bajo una guía competente.

En resumen, *El Cristo universal* no es solo un libro de espiritualidad, sino un tratado teológico que interpela a la academia. Su recepción crítica en revistas especializadas, grupos de investigación y programas de estudio, puede contribuir a revitalizar el diálogo entre la mística, la dogmática y la praxis eclesial, abriendo nuevos horizontes para una teología encarnada en los desafíos del siglo XXI.

Mariusz Adam Kaproń¹

¹ Investigador independiente.

Mariusz Adam Kapron, OFM, es franciscano polaco y doctor en Liturgia que desde hace años vive entre Europa y América Latina. Teólogo, misionero y profesor, une la investigación litúrgica con la experiencia pastoral en Bolivia, donde trabaja como formador y docente. Autor de numerosos estudios sobre inculturación, rito amazónico y espiritualidad latinoamericana, es miembro de varias instituciones académicas internacionales. Su vida y su obra lo convierten en un puente entre culturas y en un testigo de una Iglesia abierta, dialogante y profundamente franciscana. E-mail: mariuszkapron02@gmail.com; ORCID: 0000-0002-0054-3414.